

## Discurso del Papa, Roma, 16 de septiembre de 2022

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Agradezco al Abad General las palabras de saludo y presentación. Sé que estáis llevando a cabo la segunda parte de vuestro Capítulo General, en la Porciúncula de Santa Maria degli Angeli: un lugar tan rico en gracias que seguramente os ha ayudado a inspirar vuestros días.

Me alegro con vosotros por el éxito de la primera parte del Capítulo, celebrado en el mismo lugar, durante el cual también fue elegido el nuevo Abad General. Tú, Padre, partiste inmediatamente a visitar las doce regiones donde se encuentran tus monasterios. Me gusta pensar que esta "visitación" se realizó con el santo cuidado que nos mostró la Virgen María en el Evangelio. "Ella se levantó y se fue rápidamente", dice Lucas (1,39), y esta expresión merece siempre ser contemplada, para poder imitarla, con la gracia del Espíritu Santo. Me gusta rezar a la Virgen que tiene "prisa": "Señora, tienes prisa, ¿verdad?". Y ella entiende ese lenguaje.

El padre abad dice que en este viaje "recogió los sueños de los superiores". Me llamó la atención esta forma de expresarse, y lo comparto de todo corazón. Tanto porque, como saben, yo también me refiero a "soñar" en este sentido positivo, no utópico sino planificador; y porque aquí no se trata de los sueños de un individuo, aunque sea del superior general, sino de un compartir, de una "colección" de sueños que surgen de las comunidades, y que imagino son objeto de discernimiento en esta segunda parte del Capítulo.

Se resumen así: un sueño de comunión, un sueño de participación, un sueño de misión y un sueño de formación. Me gustaría ofrecerles algunas reflexiones sobre estos cuatro "caminos".

En primer lugar, me gustaría hacer una nota, por así decirlo, de método. Una indicación que me viene del enfoque ignaciano pero que, en el fondo, creo tener en común con vosotros, hombres llamados a la contemplación en la escuela de san Benito y san Bernardo. En otras palabras, se trata de interpretar todos estos "sueños" a través de Cristo, identificándonos con él a través del Evangelio e imaginando -en un sentido contemplativo objetivo- cómo Jesús soñó estas realidades: comunión, participación, misión y formación. En efecto, estos sueños nos edifican como personas y como comunidades en la medida en que no son nuestros sino suyos, y los asimilamos por obra del Espíritu Santo. sus sueños.

Y aquí, pues, se abre el espacio para una bella y gratificante búsqueda espiritual: la búsqueda de los "sueños de Jesús", es decir, de sus mayores deseos, que el Padre suscitaba en su corazón divino-humano. Aquí, en clave de contemplación evangélica, quisiera ponerme en "resonancia" con vuestros cuatro grandes sueños.

El Evangelio de Juan nos da esta oración de Jesús al Padre: «La gloria que me has dado, yo se la he dado a ellos, para que sean uno, como nosotros somos uno. yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad y el mundo sepa que tú me enviaste y los amaste como me amaste a mí» (17, 22-23). Esta Palabra santa nos permite soñar con Jesús la comunión de sus discípulos, nuestra comunión como "suya" (cf. Ap Ex Gaudete et exultate, 146). Esta comunión -es importante precisar- no consiste en nuestra uniformidad, homogeneidad, compatibilidad, más o menos espontánea o forzada, no; consiste en nuestra relación común con Cristo, y en Él con el Padre en el Espíritu. Jesús no temía la diversidad que había entre los Doce, y por tanto nosotros

tampoco debemos temer la diversidad, porque al Espíritu Santo le encanta suscitar las diferencias y hacer de ellas una armonía. En cambio, nuestro particularismo, nuestro exclusivismo, sí, debemos temerlos, porque provocan divisiones (cf. Ap Ex Evangelii gaudium, 131). Por lo tanto, el propio sueño de comunión de Jesús nos libera de la uniformidad y las divisiones, las cuales son feas.

Tomamos otra palabra del Evangelio de Mateo. En controversia con los escribas y fariseos, Jesús dice a sus discípulos: «En cuanto a ti, no te llames 'Rabí'. Vosotros tenéis un solo maestro, y todos sois hermanos. A nadie en la tierra llaméis vuestro padre; tenéis un solo Padre en el cielo. No seas llamado 'Maestro'; tenéis un solo señor, el Mesías» (23,8-10). Aquí podemos contemplar el sueño de Jesús de una comunidad fraterna, donde todos participen sobre la base de una común relación filial con el Padre y como discípulos de Jesús. En particular, una comunidad de vida consagrada puede ser signo del Reino de Dios testimoniando un estilo de fraternidad participativa entre personas reales, concretas, que, con sus limitaciones, eligen cada día, confiando en la gracia de Cristo, vivir juntas. Incluso los medios de comunicación actuales pueden y deben estar al servicio de la participación real, no sólo virtual, en la vida concreta de la comunidad (cf. Ap. Ex Evangelii gaudium, 87).

El Evangelio nos da también el sueño de Jesús de una Iglesia toda misionera: «Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y he aquí, yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 19-20). Este mandato concierne a todos en la Iglesia. No hay carismas que sean misioneros y otros que no lo sean. Todos los carismas, en cuanto se dan a la Iglesia, son para la evangelización del pueblo, es decir, misionera; naturalmente de maneras diferentes, muy diferentes, según la "fantasía" de Dios. Un monje que reza en su monasterio pone su granito de arena para llevar el Evangelio a esa tierra, para enseñar a la gente que allí vive que tenemos un Padre que nos ama y que en este mundo vamos camino del Cielo. Entonces, la pregunta es: ¿cómo puede una persona ser cisterciense de estricta observancia y parte de "una Iglesia en salida" (cf. Ap Ex Evangelii gaudium, 20)? Estás en el camino, pero es una salida. ¿Cómo vives la "dulce y consoladora alegría de evangelizar" (San Pablo VI, Ap Ex Evangelii nuntiandi, 75)? Sería bueno escucharlo de ustedes, contemplativos. Por ahora, nos basta recordar que "en cualquier forma de evangelización el primado es siempre de Dios" y que "en toda la vida de la Iglesia se debe demostrar siempre que la iniciativa es de Dios, que 'es el que nos amó'" (1Jn 4,10)" (cf. Ap Ex Evangelii gaudium, 12).

Finalmente, los Evangelios nos muestran a Jesús que cuida de sus discípulos, los educa con paciencia, explicándoles, al margen, el sentido de algunas parábolas e iluminando con palabras el testimonio de su modo de vida, de sus gestos. Por ejemplo, cuando Jesús, después de lavar los pies a los discípulos, les dice: "Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, también vosotros hagáis" (Jn 13,15), el Maestro sueña con la formación de sus amigos según el camino de Dios, que es la humildad y el servicio. Y luego, cuando, poco después, afirma: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero por el momento no sois capaces de llevar la carga" (Jn 16,12), Jesús deja claro que los discípulos tienen un camino seguir, una formación para recibir; y promete que el Formador será el Espíritu Santo: "Cuando él venga, el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad" (16,13). Y podrían ser muchas las referencias evangélicas que atestiguan el sueño de la formación en el corazón del Señor. Me gusta resumirlos como un sueño de santidad, renovando esta invitación: "Que la gracia de vuestro Bautismo fructifique en un camino de santidad. Que todo esté abierto a Dios y, para ello, elígelo a Él, elige a Dios siempre

de nuevo. No os desaniméis, porque tenéis la fuerza del Espíritu Santo para hacerlo posible, y la santidad, al fin y al cabo, es fruto del Espíritu Santo en vuestra vida (cf. Gál. 5,22-23)» (cf. Ap. Ex Gaudete et exsultate, 15).

Queridos hermanos y hermanas, les agradezco su presencia y espero que concluyan su Capítulo de la mejor manera posible. Que Nuestra Señora os acompañe. Os bendigo cordialmente a vosotros y a todos vuestros cohermanos del mundo. Y les pido que por favor recen por mí.